



ADELFA

ELOGIA

(Imitación de Pedro de Espinosa)

Poeta—Lauriso—Mirtilo

POETA

Si el ronco acento de la lira mía  
 Consiguió venturoso interesarte,  
 Olimpia bella como el claro día,  
 Tu amor cantando, y el furor de Marte;  
 Estos humildes versos, que Talía  
 Me dictó acaso, logren agradarte:  
 Y escucha al són de la campestre avena  
 De mis zagales la canción serena.

Una cansada y perezosa siesta  
 Cuando el ardor del encendido Febo  
 Las fuentes disminuye, el campo tuesta,  
 Y no consiente á los ganados cebo;  
 A buscar el ambiente en la floresta,  
 Lauriso, gallardísimo mancebo,  
 Orillas de un arroyo sosegado  
 Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura  
 El gracioso Mirtilo se encontrara.  
 Ambos jóvenes eran, y en dulzura  
 Para el canto, ni Pan les igualara.  
 Al pié de un olmo cuya verde altura  
 Les daba grata sombra, y de la clara  
 Corriente al resonar, así cantaron,  
 Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO

No sólo allá en las cortes y ciudades  
 Ejerce el crudo amor sus tiranías,  
 Ni el insano rigor de sus crueldades  
 Ostenta en las florestas y alquerías;  
 En los pechos también de las deidades,  
 Y entre las ondas de las aguas frías,  
 Del duro amor el insaciable fuego  
 Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,  
 Que Flora esmalta con matiz divino,  
 Para unirse á Neptuno proceloso  
 El ancho Bétis tuerce su camino.  
 Y á registrar su estado poderoso  
 Sacó la faz del seno cristalino  
 Una tarde tal vez, y acaso viera  
 A la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Númen ama,  
 Que le abrasaron con su dulce fuego,  
 Y ardiendo del amor en viva llama  
 Perdió la régia calma y el sosiego.  
 Su tierno pecho con la ausencia inflama,  
 Y á fuer de amante con humilde ruego  
 Sale á la orilla, y entre blandas flores  
 Así rendido explica sus amores:

MIRTILO

Vuelve ¡oh mi sol! alegre esta ribera  
 Con pura luz de tus hermosos ojos.  
 Torna, zagala; tu crueldad no quiera  
 Con desdenes causarme más enojos.  
 Ven á gozar tranquila y placentera,  
 A tus plantas rendida por despojos,  
 De mi riqueza la abundante fuente,  
 Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,  
 Ni frágiles helechos, ni espadaña;  
 Mosqueteros y mirtos y rosales  
 Son los que mi corriente copia y baña.  
 Sauces, olmos, laureles eternos  
 Pueblan en vez de la flexible caña  
 Mi alegre márgen, que en mi régio asiento  
 Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,  
 Rojos carmines, blancas azucenas,  
 Morados lirios, jaldes alhélles,  
 Frondosas parras, frígidas verbenas,  
 Y maravillas, gualdas y turquíes,  
 Esmaltan mis dos márgenes amenas,  
 Que desde el punto que tu ausencia vieron  
 Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama  
 Mi corriente feliz, en todo el mundo  
 Mi poder suena y mi esplendente fama,  
 Igual á la del piélago profundo.  
 En cuanto ve del sol la eterna llama  
 Respétase mi nombre sin segundo:  
 Y humildes el ocaso y el oriente  
 Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,  
 Que si enojado con mi corva orilla  
 Salgo, cual suelo por diciembre frío,  
 El monte enhiesto á mi furor se humilla.  
 A mi rugiente y espumoso brío  
 Tiembla asustada la imperial Sevilla,  
 Y el pino, que es honor de la montaña,  
 Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente  
 De fábrica divina es mi palacio:  
 Son las columnas plata refulgente,  
 Son las cornisas nácar y topacio.

Y la soberbia bóveda eminente  
 Que cierra en torno el atrevido espacio,  
 Follajes de carámbano, guirnaldas,  
 Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio  
 Y de candidas perlas y corales:  
 De los dioses asisto al consistorio,  
 Que no son más que yo, son mis iguales.  
 No es mi poder, cual juzgas, transitorio,  
 Que en las altas esferas celestiales,  
 Donde Júpiter mora sobre el viento,  
 También como inmortal tengo mi asiento.

Mas ¿qué es esto sin tí, linda pastora?  
 ¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?  
 Todo por tí lo abandonara ahora  
 Que en tu amor solo cifro mis delicias.  
 Zagala, ven: atiende al que te adora,  
 ¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?...  
 ¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hicieran  
 Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopea  
 El dulce amor que te consagro envidian,  
 Y unidas con la blanca Galatea  
 Para ablandarme de consuno lidian:  
 Mas como amarte mi destino sea,  
 Sus importunaciones me fastidian:  
 Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas  
 Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?  
 Mi márgen con tu luz esclarecida  
 Te las dará tan lindas en colores  
 Como tu gusto ó tu capricho pida;  
 El aura inundarán con sus olores,  
 Y si de ellas tu frente veo ceñida,  
 Despreciaré las que desparce Flora,  
 Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbroso  
 Consagraré á tu nombre, donde halles  
 El ágil ciervo, el jabalí espumoso,  
 Mejor que de las sierras en los valles:  
 Do jamás éntre el sátiro amoroso,  
 Y de altos olmos en torcidas calles  
 Las tórtolas amantes aprisiones,  
 O al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mio.  
 ¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?  
 Los dulces cisnes que en mi curso frio  
 El fuego excelso de Helicon inflama,  
 De su canto sublime al poderío  
 Tu nombre harán eterno, y esta llama  
 En que ardo yo por tí... Mas ¿no respondes,  
 Y á mi cariño y á mi afán te escondes?...

Ten lástima, cruel, de un desdichado  
 A quien arrebataste su sosiego,  
 Ven á ser la señora de mi estado,  
 Ven á gozar de mi cariño el fuego:  
 Si mi excelso poder no te ha obligado,  
 Muévate el escuchar mi humilde ruego:  
 Cáusetes compasión mi tierno llanto,  
 Oye al ménos las quejas de mi canto.

## LAURISO

Así cantaba el dios; su amarga pena  
 Comunicaba al apacible viento;  
 Los altos olmos de la orilla amena  
 Mostrábanse movidos del lamento;  
 El aura leve de fragancia llena  
 No causaba en las hojas movimiento,  
 Y los azules peces se paraban  
 Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto  
 Los celajes levísimos tiñera  
 Febo desde occidente, el dulce llanto  
 Bétis y el blando ruego repitiera:  
 Cuando el hermoso objeto de su canto  
 Dejóse ver en la feraz ribera,  
 Rozagante llenándose la falda  
 De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,  
 Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,  
 Con nueva y pura luz el aura brilla,  
 Se engalana la selva silenciosa,  
 Brota el suelo á su planta manzanilla,  
 Y la azucena y la purpúrea rosa  
 Tornan á demostrar su nieve y grana,  
 Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando  
 Tornó halagüeño á conmovier las flores,  
 Y las graciosas alas agitando  
 Esparció los balsámicos olores.

El amoroso ruiseñor, juzgando  
 Que tornaban de nuevo los albores  
 Que dan principio al esplendente día  
 Sus trinos deliciosos repetía.

Mírala Bétis, torna al llanto luégo,  
 Y la inocente Adelfa se sonroja,  
 Y el dios ardiendo en insaciable fuego,  
 Tanta esquividad y ceño le acongoja:  
 Y al ver que nada alcanza con el ruego,  
 Y que la ingrata con su amor se enoja,  
 Grabó la planta en la mojada arena  
 Hollando el amaranto y la verbena.

«Por fuerza, dice, me querrás, pastora,  
 Que yo sabré domar tu ceño esquivo.»  
 Y tras ella con planta voladora  
 Corre veloz, en ademan altivo.  
 Adelfa al verlo cerca, triste llora,  
 Y apresura su curso fugitivo  
 Tímida, sin aliento, presurosa,  
 Cual huye del lebreल cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando  
 Ambas manos al cielo: «Diana, dice,  
 Que los montes y selvas fatigando  
 Tu labio al torpe forzador maldice:  
 Recuerda que me ves entre tu bando,  
 Sé escudo impenetrable á esta infelice.»  
 La diosa oyó su ruego, socorrióla,  
 Y en la flor de su nombre convirtiólala.

En esa flor hermosa que conserva  
 Triste la faz, la condicion esquiiva;  
 Bella á los ojos y apacible yerba,  
 Mas lleno el tallo de ponzoña activa;  
 Graciosa de color, de gusto acerba,  
 Del sol resiste la calor estiva;  
 No la paze el ganado, ni las aves  
 Desde ella entonan cánticos süaves.

## POETA

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,  
 La cancion que entonaron los pastores  
 Miétras la vega estuvo marchitada  
 Del sol con los radiantes resplandores;  
 Y viendo que la siesta era pasada,  
 Coronados de lauro, mirto y flores,  
 Con amorosa muestra se abrazaron,  
 Y aquel sombrero sitio abandonaron.

## CANTILENA

¿Ves, adorada Olimpia,  
 Cuán fugaz y ligero  
 Saturno inexorable  
 Apresura su vuelo?

A su aspecto sañudo  
 Todo pasa cual sueño,  
 Que nada se resiste  
 A su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo  
 De los hombres soberbios,  
 Ríndese el poderío,  
 Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,  
 Y pomposos trofeos,  
 Saber, fortuna, gloria,  
 Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,  
 Ciudades en desiertos  
 A su impulso se tornan,  
 Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,  
 Prados en mar inmenso:  
 Todo, todo á su curso  
 Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,  
 Mas no lo está mi pecho,  
 Ni el amor ardoroso  
 En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,  
 Los días van huyendo,  
 Corren con paso mudo  
 Los deleznales tiempos.

Y yo firme te adoro,  
 Y en más voraz incendio,  
 Cada instante abrasarse  
 Mi corazón advierto.

Tal vez el tuyo ingrato  
 Convertiráse en hielo,  
 Te cansará mi lloro,  
 Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,  
 Serás ¡ay! de otro dueño:  
 Y yo triste, y constante,  
 Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados  
 Me arrastrará violento  
 El destino terrible,  
 O acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,  
 Y de tu encanto léjos,  
 Te amaré desdichado,  
 Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa  
 Vendrá con paso lento  
 Marchitando las flores  
 Que hora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,  
 Los goces placenteros,  
 De su rugosa frente  
 Huirán, y de su ceño.

Blancos cual nieve pura  
 Tornará mis cabellos,  
 Y por tí, Olimpia mía,  
 Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable  
 Con su brazo de hierro  
 Segará mi garganta,  
 Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada  
 De mi infelice cuerpo,  
 Te adorará por siempre  
 Con un amor eterno.

Y en la callada noche,  
 Cuando reina el sosiego,  
 De la argentada luna  
 Al pálido reflejo,

Vendrá, ya leve sombra,  
 En las alas del viento,  
 De Tajo venturoso  
 A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,  
Perturbando el silencio  
De las tranquilas horas  
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,  
Dirá, y oírlo el eco,  
En torno el aura dulce  
Olimpia repitiendo.

1819.

## SONETO

Por más que el Noto silbador pelea  
Con el añoso roble, que eminente  
Alza en la selva la pomposa frente,  
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por más que el mar horrisono blanquea  
Contrastando la roca permanente,  
Su inmóvil resistir firme y valiente  
Muestra cuán vano el combatirlo sea.

Así al suspiro de mi ardiente boca  
Miro á mi Aspasia en roble convertida,  
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y ántes acabará mi triste vida  
La desesperacion que en mí provoca,  
Que logre verla á mi pasion rendida.

1819

## LAMENTO NOCTURNO

Noche serena y pura,  
Y vosotras, ¡oh estrellas!  
Que brillais en el cielo vagaroso,  
Desde la inmensa altura  
Trémulas luces bellas  
Al suelo dando, y plácido reposo:



Si el llanto congojoso  
De amantes desdichados  
Escuchais compasivas,  
Atended ¡ay! las vivas  
Penas que me devoran, y cuidados:

Vereis ¡oh cruda suerte!  
Que amo, y amado soy, y ansio la muerte.

Y tú, luna argentada,  
Que blanca resplandeces,  
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fria  
En tu rueda elevada,  
Y la nieve esclareces  
De las cercanas cumbres de Fonfria;  
Tú, que á la diosa mía  
Lánguida te asemejas,  
Y tú, que amada fuiste,  
Y que tambien vertiste  
Llanto de amor en angustiadas quejas;  
Oye, que el manso viento  
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mio  
La más vehemente llama  
Arde, que ardió jamás en pecho humano:  
La que en su poderío  
Con más rigor inflama  
La ardiente flecha del amor tirano!

Y el dueño soberano  
Por quien me abraso y muero,  
No esquivo y desdñoso,  
Sino blando, amoroso,  
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,  
Y ambos nos abramos,  
Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía  
De los hombres crueles  
Frustra las miras del benigno cielo,  
Y en mísera agonía  
Pone dos almas fieles,  
Que en amarse cifraban su desvelo,  
Y en llanto y desconsuelo  
Las hunde airada y fiera,  
Y bárbara se aplace  
Al mirar cual deshace  
Los lazos que natura entretejiera,  
Siempre contradiciendo  
Sus sábias miras, con rigor tremendo.

¿Y puede algun contento  
Gozar el pecho mio?...  
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,  
Que escuchais mi lamento,  
En vuestro cerco frio,  
Compadecidas de mis penas raras.  
Amor, si incienso y aras  
Te elevan los humanos,  
Y cual Dios los admites,  
¿Por qué, dime, permites  
Que manden en tu fuego los tiranos,  
Robándote caricias,  
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,  
Que en vuestro pobre nido  
Hallais á vuestro gusto compañía,  
Y tiernas, y amorosas,

Sueño no interrumpido  
Gozais tranquilas hasta el nuevo día;  
Sin que la fuerza impía  
A entregar os obligue,  
Con bárbaros rigores,  
Vuestros dulces amores,  
A quien os tiraniza y os persigue:  
Vosotras, de mi pena  
Juzgad, y del dolor que me enajena.

¡Oh hiedras fortunadas!  
En el bosque sombroso  
Libres naceis, y libres os es dado  
Buscar enamoradas,  
El árbol generoso,  
Que ha de verse con vos engalanado:  
Y el tronco bienhadado  
Abrazais cariñosas,  
Sin que el poder sañudo  
Os obligue á otro nudo,  
Y así creceis lozanas y pomposas,  
Siendo en las soledades  
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente  
La soñolienta aurora  
Esmalta, con sus puros rayos de oro,  
Y de púrpura ardiente  
Los celajes colora,  
Y aun inunda mi faz amargo lloro.  
Ya huye el alto coro  
De lustrosas estrellas,  
Que oyeron mi agonía:  
Pero aunque venga el día,  
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?  
¡Ay! jamás mi quebranto  
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1819.

## ROMANCE CORTO

Apacible rio,  
Venturoso Tajo,  
Que por la ancha vega  
Te deslizas manso:  
Deten tu corriente,  
Retarda tu paso,  
Y de estos jardines  
Goza los halagos.

Mira que en Toledo  
Te están aguardando,  
Armados de furia  
Desnudos peñascos,  
Que romper desean  
Tus cristales claros.  
¿A qué te apresuras  
Por ir á encontrarlos?...

Detente, detente;  
 ¿No ves cuán lozanos  
 Los olmos pomposos,  
 Los tilos y lauros  
 Sus hojas te ofrecen,  
 Te tienden sus ramos,  
 De sombra te cubren,  
 Te brindan descanso?  
 Si tantas caricias  
 No bastan acaso  
 A parar tus aguas,  
 Venturoso Tajo,  
 Saca el pecho fuera,  
 Y el cabello cano  
 De musgo y corales,  
 Y flores ornado:  
 Verás la belleza  
 Del bien que idolatro.  
 Verás á mi Olimpia  
 Gallarda triscando

## ROMANCE

¿Por qué pretendes, ingrata,  
 Que se esparzan por el viento  
 De mi labio las canciones,  
 Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive  
 Condenado á llanto eterno?  
 Canten los que son dichosos,  
 Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los días,  
 Son los felices momentos,  
 En que embebida escuchabas  
 Mis amores y mis versos?...

¿Son las horas fortunadas,  
 En que en dulce llama ardiendo,  
 Por mí lloraron tus ojos,  
 Por mí palpité tu seno?

¿Son los instantes de gloria,  
 En que todo el universo,  
 Envidiando mis fortunas,  
 Las contemplaba con ceño?...

¿Son por dicha?... ¡Oh Dios!... Perdona:  
 No sé si son, ó si fueron,  
 Tu corazón te lo diga,  
 Pregúntaselo á tu pecho.

Por estos verjeles,  
 Florestas y prados,  
 Y al ver de sus ojos  
 Los ardientes rayos,  
 Que vencen la lumbre  
 Del rey de los astros,  
 Su boca risueña,  
 Su pecho nevado,  
 Su cándido cuello,  
 Su talle gallardo;  
 Detendrás gozoso  
 Tus raudales mansos,  
 Y el rico tributo  
 Que das á Oceano;  
 Por verla, admirarla,  
 Gozar sus encantos,  
 Rendirle tus dones,  
 Llamarte su esclavo.

1819.

Si no son... ¡horrible idea!  
 Antes, retumbando el trueno,  
 Lance sobre mí cuitado  
 La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla  
 El mar de horrores inmenso,  
 En que sumerges mi vida,  
 De mis amores en premio.

Mira dó están tus promesas,  
 Dó tus amantes extremos,  
 Dó tus lágrimas falaces,  
 Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,  
 Si se cifra tu contento  
 En atormentar las almas,  
 Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira  
 Las canciones, que otro tiempo  
 Canté, de ilusiones dulces  
 De eterna ventura lleno;

Recuerda con risa amarga  
 Mi amor y delirio ciegos,  
 Y cuán feroz has jugado  
 Con mis firmes sentimientos.

1819.

## LAMENTACION

¡Ay! que en mi labio demudado y frio  
 El delicioso canto  
 Se torna sollozar, el crudo llanto  
 Inunda el pecho mio,  
 Y con trémula mano  
 Del arpa de marfil recorro en vano  
 Las dulces cuerdas de oro,  
 Que mudas no responden,  
 Y sus ecos esconden,  
 Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.  
 ¿Y qué, amable armonía,  
 Tu bálsamo süave así me niegas?  
 ¡Oh! ven á consolar el alma mia.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas  
 De Tajo delicioso  
 Me prodigabas tu sonoro encanto:  
 Cuando á la par de mi tirano hermoso  
 Los verjeles y selvas recorria,  
 Al despertar la rozagante aurora,  
 Al vivo ardor del luminar del dia,  
 Al extender su tachonado manto  
 La noche sosegada,  
 Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,  
 Y cuán fugaces fueron  
 Las horas de placer!... Ellas volaron  
 Con ala rapidísima, y huyeron,  
 Y mi dicha y mi bien me arrebataron.  
 ¿Y ya no son los plácidos instantes  
 De una ventura, que eternal creía?...  
 ¿Los momentos pasaron  
 En que inundado de dulzor mi seno,  
 Del labio ardiente de mi bien bebia  
 Amor, delicias y fatal veneno?

TOMO I

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!..  
 Antes la muerte su guadaña vibre  
 Sobre mi cuello, y el amparo sea  
 Que de tormento tan atroz me libre.  
 No son, no tornarán; harto lo afirman  
 Tu aspereza y desden, ¡oh bella ingrata!  
 Ya no palpita tu divino pecho  
 Al escuchar mi voz, ya en dulce llama  
 No arden tus bellos ojos al mirarme  
 Temblando de congoja y de despecho.  
 El tedio por tus venas se derrama,  
 Y se pinta en tu ceño desdeñoso,  
 Cuando escuchas mi acento lastimoso;  
 Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,  
 Y huyes de mi gemido,  
 Cual de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afan!... ¡Cielos! ¿Acaso  
 Mi constante pasión, mi fe sincera  
 Merecen premio tal?... Inadvertido  
 La ví, la amé, y el alma, el alma entera  
 Le dí, y el corazón... ¡Oh cuán dichoso  
 Al ser suyo me hallé!... Cuando anhelante  
 Su pecho palpitante  
 Felicidad sin fin brindando al mio,  
 A sus blandas caricias  
 Un mar desconocido de delicias  
 Presentóse á mi ciego desvarío!..  
 En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso  
 Ví arder sus ojos de esplendor vehemente,  
 El amoroso afan orlar su frente,  
 Y escuché de su labio purpurino:  
 ¿Quién ama como yo? Jamás mi seno  
 Sintió cual siente de ventura lleno:  
 Tú eres el bien que me formó el destino.  
 Tales palabras mágicas brotaron

11